

Una mirada sobre Bosnia y la antigua Yugoslavia

Ricard Pérez Casado

Un fabricante norteamericano de *best-sellers*, Tom Clancy, ideó, junto con su ayudante Steve Peczenik, un conflicto semejante al que ha sacudido, y sacude, a las repúblicas de la extinta Yugoslavia aplicado a España (Clancy & Peczenik, 1998). El *Balance of power*, que tal es el título, desarrolla un conflicto entre serbios, croatas y musulmanes en la España contemporánea. La sorpresa para el lector español puede resultar mayúscula, y no sólo por la eventualidad de un conflicto interétnico en nuestro país, sino, además, por la asignación de papeles que estos acreditados vendedores de papel impreso hacen de nuestros pueblos diversos. Así los serbios, contra todo pronóstico, son los catalanes, ricos y avanzados tecnológicamente; los vascos ocupan el lugar de los croatas, a medio camino entre la colaboración y el fascismo, y se alían entre sí, claro está, para atacar a las víctimas, que no son otros que los andaluces musulmanes.

Los demás pueblos quedan desdibujados bien por ignorancia de los autores, bien por exigencias de un guión digerible para este tipo de obras. El éxito, como sucede en estos casos, estaba garantizado en el mercado popular norteamericano por los escenarios de referencia, España o Yugoslavia, tanto en el imaginario colectivo como en el espectáculo mediático. En el primer caso por referencias antiguas aunque cercanas -la Guerra Civil- como recientes, el conflicto yugoslavo.

Las previsiones, en concepto de éxito de ventas, que es barómetro adecuado al caso, han colmado las expectativas de autores y editores, e ignoro cuál pueda ser la reacción de nuestros representantes y res-

ponsables políticos ante el imaginativo esfuerzo de los vendedores de ficciones poco o nada adecuadas a la realidad. O al menos así lo espero.

La referencia a una obra menor en páginas como las que acogen mi colaboración, puede ocasionar extrañeza a más de un lector o lectora, pero el hecho cierto es que cuanto acabo de relatar demuestra, o puede contribuir a demostrar, la penetración de unas pocas ideas simples para abordar la interpretación de los conflictos sucesivos de las repúblicas de lo que fue Yugoslavia.

La vigencia de estas visiones sesgadas, y simplificadoras siempre, alcanza a mis propios párrafos anteriores. ¿De dónde la sorpresa de asimilar los catalanes a los serbios? Los autores están en su derecho, creadores de ficción, de atribuir a cualquier pueblo de una ignota España el papel desencadenante de la acción. Pero, conviene no olvidarlo, desde nuestro propio territorio, y mientras se desarrollaban fases agudas del conflicto yugoslavo, se atribuían, en tono jocoso o no tanto, papeles simétricos a cada una de las partes. No eran precisamente los catalanes los serbios, más cuando el mismo Presidente de la Generalitat se precipitó a visitar las recientes repúblicas de Eslovenia y Croacia, en 1991, en un acto reflejo de tradición histórica, como tantos otros a los que tendré ocasión de referirme. Croacia precisamente encabeza sus comunicaciones con el exterior con una frase significativa, y conocida en Cataluña: «somos un país pequeño, no un pequeño país», como señalan los folletos turísticos de Croacia.

Si esto ocurre así, entre la realidad y la ficción, ¿qué puede suceder cuando el encono sustituye a la razón, cuando las partes en conflicto soterrado lo explicitan de forma violenta? De nuevo la literatura, y ahora en términos más adecuados que los de un *best-seller*, acude en nuestro auxilio. *El puente sobre el Drina*, de Ivo Andric (Andric, 1996), este escritor de Travnik, en la Bosnia central, musulmana, de origen mestizo, describió en 1974 no sólo lo que son referentes históricos permanentes para los pueblos de la antigua Yugoslavia, sino la profundidad de las heridas y las consecuencias trágicas de los rencores. Se tradujo, lo leímos y creímos en la belleza de sus páginas como obra de creación, que además lo es. Por debajo de las aguas pródigas, tersas o hermosas como las del Neretva, navegaban los gérmenes contenidos de la tragedia. Y no lo vimos, o no lo supimos ver, como subrayan con tenacidad los historiadores y los analistas de hoy (Malcom, 1996, 1998; Woodward, 1995; Taibo, 1993, y tantos otros). O quienes lo advirtieron no tuvieron la oportunidad de hacer llegar sus advertencias

a tiempo de remover los obstáculos que impedían la reconciliación, el entendimiento, como es el caso de un ejemplar embajador de los Estados Unidos en Belgrado, Warren Zimmermann (Zimmermann, 1996). La ignorancia, voluntaria o no, contribuyó al estallido sucesivo y a su difícil contención.

Cabe pensar, debo advertir, que ignorancia voluntaria, si nos atenemos a las informaciones no sólo diplomáticas, como la citada, sino también de los servicios de inteligencia en lo que respecta a los antecedentes de 1990-1991 o al desarrollo de las operaciones de limpieza étnica que asolaron y asolan a los pueblos yugoslavos. Es significativo el silencio sobre las matanzas de Srebrenica, en 1995, subrayado por Glenny (1996).

Sólo a través del interés mediático, factor de novedad actual respecto a otros conflictos, se suscita el interés de la ciudadanía y de sus gobiernos. Este hecho y la proximidad al centro de la civilización europea contribuyen a propiciar numerosas miradas ajenas sobre los conflictos yugoslavos. Miradas que al cabo ni son inocentes ni tan ajenas como cabría imaginar. Lo he subrayado en cuanta oportunidad he tenido (Pérez Casado, 1996, 1998), con la ventaja de coincidir con personajes encumbrados y más directamente vinculados a la sucesivas crisis (Holbrooke, 1998). Todos, en esta sociedad universal, estamos implicados de algún modo. Y más todavía de la mano de los medios de comunicación, cuyo papel en la asignación de responsabilidades y aun de la existencia de los conflictos en la conciencia de los ciudadanos es creciente (Strobel, 1997), hasta el punto de restringir la categoría de realidad sólo a aquello que es comunicado, aun en demasía, como subraya alguno de los conocedores y especialistas de la comunicación (Ramonet, 1998).

Que muchos de estos elementos se conjugan para consagrar prejuicios o establecer responsabilidades, inocencias o absoluciones suele ser el corolario. Si además se adereza el conjunto con unas gotas de ideología tenemos servido el potaje, aunque nos quede el consuelo del optimista, en el sentido de Oscar Lange, de que incluso de las proposiciones ideológicas se pueden extraer conclusiones contrarias a las que se proponen y a su vez, contradiciéndolas, establecer proposiciones válidas y verdaderas (según Meek, 1967).

y en el caso que nos ocupa, y que ciertamente lleva camino de ocuparnos por mucho tiempo, se dan la mano los prejuicios, las prevenciones, la historia y la historiografía, los intereses y la manipulación ideológica y mediática. Demasiadas cosas juntas para espacios tan redu-

cidos en lo físico o en lo demográfico, cabe añadir. Y el fenómeno se reproduce, mientras escribo estas páginas, en la controversia sobre la eventual intervención en Kosovo, ante la que aflora no sólo cuanto llevo enuneciado, sino también los intereses de política interna. Alemania no es tierra de migraciones, se alarman los responsables ante el posible flujo de refugiados que un nuevo conflicto puede generar... y no sólo en razón de operaciones bélicas de la República Federal de Yugoslavia, sino también debido a la desesperación económica, a la que nadie o casi nadie presta atención (*El País*, *The New York Times*, *La Vanguardia*, 1998).

Volvamos sin embargo a la inocencia de la literatura, a la visión de los intelectuales, por así decir. La tradición quiere que desde el *affaire* Dreyfuss el intelectual actúe a la manera de conciencia expresa de la sociedad, y ello pese a algunos ataques a la gran mentira intelectual (Henri-Lévy, 1987; Johnson, P., 1993). Nada mejor que escoger dos visiones antagónicas sobre los conflictos que nos ocupan, la de Juan Goytisolo y la de Peter Handke (Goytisolo, J., 1993; Handke, P., 1996). La controversia sobre la mirada ajena está más que justificada en estos textos escritos al calor de la proximidad y en el frío de la desgracia. Los autores buscan víctimas y victimarios sin paliativo alguno, sin zonas grises, para compartir la sentencia brechtiana que se ha cumplido con frecuencia aterradora en la zona objeto de estas reflexiones.

En ambos casos, y con desigual resultado en lo que concierne a la influencia sobre las conciencias, la toma de partido es evidente. Sólo hay agresores y agredidos, asesinos y víctimas. No queda espacio para las violencias sucesivas de unos y de otros, de todos. Porque en la necesaria simplificación mediática, pero también literaria, el reparto de papeles entre buenos y malos resulta el recurso más cómodo para la comunicación.

y en unos conflictos en los que convergen tantos factores desencadenantes es posible encontrar abnegación y abyección a partes iguales entre todas las partes, si se me permite la expresión. De la misma manera que cuando el estallido inflama todas las pasiones, importa menos establecer quién actuó de detonante. Al respecto habría más de un hallazgo, desde las propuestas del radicalismo musulmán de Alija Izetbegovic, en 1974, cuando la novela de Andric, o en las revueltas académicas de los años ochenta en Zagreb y Belgrado, a modo de ingredientes de la mecha que prendió en los noventa (Crnobrnja, 1996; Covic, 1993).

Ahora bien, la crisis de conciencia, en lo que respecta a lo europeos, y también al atractivo que ejerce sobre los norteamericanos, alcanza no sólo a las reflexiones encontradas de Handke o Goytisolo, sino que se transmite a la creación literaria o a la reflexión de actores en la zona. Tal el caso de Mendiluce, entrelazando historia y biografía (Mendiluce, 1996), decantado por las víctimas del asedio de Sarajevo; o el escenario de la acción y la memoria de Susana Fortes en el anfiteatro trágico de Mostar, en el alféizar de cuyas ventanas desportilladas vuelven a crecer y florecer los geranios como en *Las cenizas de la Bounty*, de Susana Fortes (Fortes, 1998).

Historia y medios, por así decirlo, han querido demonizar a una parte, los serbios; han pasado con frecuencia como ascuas sobre pasado y presente de los croatas; han victimizado a los musulmanes, apodados por ellos mismos, en Bosnia, como bosnios. Y han ignorado, desde el principio hasta hoy mismo, a albaneses, macedonios, húngaros, rumanos, gitanos o sefardíes, que formaban parte del trágico cortejo de los conflictos.

Desde una cierta perspectiva, la de la comunicación (en el sentido abrumador a que me referí y que subrayan los expertos), no podía ser de otro modo. Desde la perspectiva de los intereses de los Estados, tampoco. Una cosa es proclamar la diversidad como patrimonio de la humanidad y otra aplicar el principio de igualdad para todos; es cosa sabida. Y en lo que se refiere a los intereses, tuve oportunidad de explayarme en otras ocasiones, tanto en lo que concierne al papel de los Estados Unidos como, sobre todo, en lo que toca a la pobreza e insolidaridad de la acción europea en materia de seguridad y de política internacional (Pérez Casado, 1998).

De hecho, los clichés querían un serbio centralista, expansionista, de preferencia asesino o encubridor de asesinos, heredero de la tradición partisana (esto es, comunista), siempre intransigente. La demonización tenía todos los ingredientes, más cuando se acompañaba de serbios como Karadacic o Ratko, y no digamos ya de esa síntesis de estereotipos que es Milosevic, eslavo y mediterráneo, duro y dúctil a la vez. Estos serbios, en el juicio mediático, alumbraron a especímenes como Vuk Draskovic, transformado, por obra mediática y de la coalición *Zajedno*, en adalid de virtudes democráticas y ahora sumido de nuevo en el fascismo nacionalista serbio. Estos serbios que también fueron el núcleo de los interbrigadistas, del sostenimiento de la igualdad en Yugoslavia (Haro Tecglen, 1998).

El mismo cliché quiere unos croatas, todos, emparentados con el régimen títere de Ante Pavelic, armados de ideas y cañones *ustacha*. Croatas tolerantes del Adriático, en la Dalmacia, instruidos germanófilos de Zagreb, todos bajo el estigma del nazismo, incluidos en el mismo y fatal estereotipo. Rehenes del pasado y prisioneros de la intransigencia integrista de una iglesia, la católica, y en especial de las órdenes religiosas en las que menos podríamos pensar que anidara la belicosidad, como la del santo seráfico San Francisco. Bajo ese manto inocente hubo croatas en los campos de concentración y exterminio, y combatientes en las brigadas partisanas, y en la reconstrucción del país que iba a ser la sede pacífica de todos los eslavos del sur.

Y en fin, musulmanes, conversos ayer, dueños y señores en el pasado, de la mano del invasor -¿se puede decir así, cuando nos referimos a siglos de contacto?-, víctimas hoy. Porque al cabo, la cuestión religiosa, como otras que se han podido desgranar en los análisis de estos conflictos, emerge con más fuerza (Pérez Casado, junio 1998, y bibliografía que se cita). Sorprende al viajero la celeridad con que se reconstruyen mezquitas -como también iglesias, en menor medida- en los lugares de la devastación. O siguiendo las imágenes mediáticas, cómo en Kosovo, o en Albania, el templo islámico está siendo reconstruido, o construido de nueva planta mientras las dependencias sociales, los hospitales, muestran su descarnada soledad inerme, su desprovisión. Como ocurre en los hospitales de la Vojvodina serbia, desprovistos de cualquier defensa ante la tuberculosis, contra el hambre que acecha. y bajo las siniestras banderas negras de las SS hubo musulmanes en su XIII División, operando en el mismo territorio que sus compañeros de Islam partisanos.

La simplificación mediática, exigencia de los tiempos, y también interés de los gobiernos, ha de tener el necesario lenitivo de los matices, de las apreciaciones ajustadas de las gentes, sin las prevenciones del pasado, sin las intransigencias del presente.

Claro está que mi mirada, a estas alturas, es todo menos ajena. Con la amargura que acompaña a la ironía inteligente, alguien me preguntó: «¿Por qué se obstinan ustedes (se refería, claro está, a aquellos que la comunidad internacional había decidido que participáramos en los trabajos de reconstrucción moral, política, material, en Bosnia) en hacernos una pequeña Yugoslavia, en Bosnia-Herzegovina, cuando la otra, la grande, no ha funcionado?» El lugar en que se nos formuló la pregunta era y es hermoso, en lablanica, en el corredor del Neretva,

en el teatro de las operaciones partisanas de Tito, en el espacio de los encontronazos sangrientos de los noventa. Y el momento, el de un agradable almuerzo. Los comensales, reunidos en torno al cordero asado a la manera islámica, gustando el vino a la manera croata, y la *rakia* al modo serbio, sólo pudimos permanecer en silencio, bajo la protección de los soldados de la OTAN y de la Guardia Civil española.

Bibliografía

- ANDRIC, I.: *Un puente sobre el Drina*, Madrid, 1996.
- CLANCY, T., y PECZENIK, S.: *Balance of power*, Nueva York, 1998.
- COVIC, B.: *Roots of Serbian aggression*, Zagreb, 1993.
- CRNOBRNJA, M.: *The Yugoslav Drama*, Quebec, 1996.
- El País*: «La OTAN y Kosovo», 1 de junio de 1998.
- : «Para la guerra», 6 de junio de 1998.
- : «Esta vez va en serio», 13 de junio de 1998.
- FORTES, S.: *Las cenizas de la Bounty*, Madrid, 1998.
- GLENNY, M.: «Why the Balkans are so violent?», *The New York Review of Books*, septiembre 1996, Nueva York.
- GOYRISOLO, I.: *Cuaderno de Sarajevo. Anotaciones de un viaje a la barbarie*, Madrid, 1993.
- HANDKE, P.: *Un viaje de invierno a los ríos Danubio, Sava, Marava y Drina. O justicia para Serbia*, Madrid, 1996.
- HARO, E.: «Civilizar los Balcanes», *El País*, 16 junio 1998.
- HENRY-LEVY, B.: *Éloge des intellectuels*, París, 1987.
- HOLBROOKE: *The end of a war*, Nueva York, 1998.
- JOHNSON, P.: *Le grand mesonge des intellectuels*, París, 1993.
- La Vanguardia*: «Revés para Milosevic», 3 de junio de 1998.
- : «Limpieza en Kosovo», 4 de junio de 1998.
- : «Occidente y Kosovo», 9 de junio de 1998.
- : «Serbia en el punto de mira», 12 de junio de 1998.
- : «Presión sobre Serbia», 15 de junio de 1998.
- : «Esperando a Milosevic», 18 de junio de 1998.
- MALCOM, N.: *Bosnia. A Short History*, Nueva York, 1996.
- : *Kosovo. A Short History*, Nueva York, 1998.
- MEEK, R. L.: *Economics and Ideology and other Essays*, Londres, 1967.
- MENDILUCE, J. M.: *El amor armado*, Barcelona, 1996.
- PÉREZ CASADO, R.: «Els Balcanes, un conflicte inacabable?», *El Contemporani*, 10 de diciembre de 1996.
- : *Conlicte, tolerància i mediació*, Catarroja, 1998.
- RAMONET, I.: *La tiranía de la comunicación*, Madrid, 1998.
- STROBEL, W. P.: *Late-Breaking Foreign Policy: The News Media's influence on Peace Operations*, Washington, 1997.

TAIBO, C., y LECHADO, J. C.: *Los conflictos yugoslavos. Una introducción*, Madrid, 1993.

The New York Times: «First Bosnia, Now Kosovo», 10 de junio de 1998.

WOODWARD, S. L.: *Balkan Tragedy. Chaos and Dissolution after the Coldwar*, Washigton, 1995.

ZIMMERMANN, W.: *Origins Of a Catastrophe: Yugoslavia and its Destroyers. America's last Ambassador Tells What Happened and Why*, Nueva York, 1996.